

no se llegaba a un acuerdo y fué en ese momento que el Diputado primero exclamó:

—Al tiempo, señor diputado, al tiempo.
Y el tiempo encanece la más negra cabe-

llera y llena de arrugas el más terso y bello cutis.

Juan J. CARAZO.

Costa Rica. Octubre de 1948.

¿A qué lado de la cortina?

Narración de Fernando ALEGRIA.

(Envío del autor, en Berkeley, California, Noviembre de 1948).

En un teatro a oscuras se puede expresar el amor de muchas maneras. Los pies se hunden en una alfombra espesa media cubierta de papeles pegajosos, pulgas, pedazos de chicle y maní tostado. Hay un rumor sordo durante la función. Mezcla de murmullos, de pasos, de tímidos avances por encima de las ropas y un ruido más líquido y profundo, difícil de identificar, que es el ruido de la digestión colectiva, de la sangre vaciándose y recorriendo los organismos.

"Se estima que treinta mil jóvenes mexicanos y veinticinco mil negros, más o menos, se visten de pachucos en Los Angeles".

En la película Gary Cooper usa uniforme de marino. Es claro, no va a salir de pachuco si anda en la guerra. Además es blanco. Si fuera negro o mexicano no sería oficial de marina y Ginger Rogers que hace de enfermera en la película, no estaría queriendo meterse debajo de las sábanas con él. La escena ocurre en un hospital. Cooper se ve muy pálido a causa de la sangre que ha perdido desde el comienzo de la historia. Ginger frunce los ojos como gallina que va a poner. Por los cristales relumbran los reflectores en busca de los bombarderos enemigos. Una bomba cae cerca del hospital.

Pancho estiró la mano para sacar un puñado de maní y, sin querer, le palpó los muslos a Nancy.

Cooper parece al borde de la muerte, pero así y todo consigue echarse a Ginger sobre el pecho.

¿Quién va a comer maní en tales circunstancias? Pancho se metió entre los brazos de Nancy y empezó a mordisquearle el cuello. Alguien tuvo que acomodarse en la butaca de atrás para seguir mirando por encima de los enamorados. "Honey" le dijo Nancy a Pancho devolviéndole la caricia con energía. En los labios floreció la sal del maní fresco y caliente. A los pocos instantes es un solo beso de cuatro bocas. Un beso de setenta y cinco centavos —en balcón— para Pancho y Nancy. Un beso de cinco mil dólares por segundo —Paramount— para Cooper y Ginger.

"El 90% de los pachucos trabaja en industrias de guerra y no tienen más de dieciocho años. Los que pasan de esa edad son llamados a servir en el ejército".

Pancho no tiene más que catorce, así es que va al liceo, cuando no va al cine o a los billares. ¡Ah si lo viera Ginger Rogers! Quiero decir si lo viera tal como es. No las fotografías de *Los Angeles Time* —un bandido de pelo negro, de boca torcida, de cicatriz en la mejilla y complejo de inferioridad— sino este Pancho de las tres de la tarde, ni alto ni bajo, delgado pero firme y duro, cabello negro crespo, ojos oscuros y tristes, boca gruesa, chaqueta hasta la rodilla, pantalones negros con listas blancas apretados sobre los calcetines de todos colores. Este Pancho de la calle Broadway que lleva a su novia al cine y tiene un compás de guitarra en cada paso,

un chasquido de maracas en cada sonrisa. ¡Si lo viera Ginger como lo ve Nancy. Porque Nancy lo ve moreno y de piel sedosa y como ella es rubia y tiene los pechos grandes y las piernas duras y blancas, como viste de negro y no usa medias y al sentarse se levanta la falda y muestra los muslos de melocotón, como tiene los ojos azules y desde pequeña jugó con muñecos que vestía de toreros y les pintaba largas pestañas, por eso Nancy olvidó la Constitución y se prendó de Pancho y, a pesar de vivir en Los Angeles, todavía no llega a ser actriz de cine. ¿Qué influencia va a tener la pobre sobre Ginger Rogers?

Todas las tardes, al regresar del liceo, Pancho pasaba por una tienda de San Gabriel, su barrio. En la vidriera había un maniquí de pelo negro engominado y mejillas de color ladrillo. ¡Quién iba a fijarse en la cara! En cambio, la chaqueta de color crema, de hombros gigantes, de bolsillos plisados, angosta en la cintura, larga, larga, hasta la rodilla, quizás más abajo de la rodilla y ese clavel de seda roja en la solapa y esa cadena... Se puede ser artillero en un porta-aviones o piloto de un cohete, se puede ser comandante jaloneado de estrellas y hojas de laurel, hasta se puede ser turco de nariz larga y pelo crespo siempre que a la vez seamos sargento y poeta famoso, se puede ser capitán de un equipo de foot-ball, tener a todas las bellezas de Hollywood con hipo de admiración, pero Pancho sólo quería esa chaqueta y esos pantalones, esa elegancia para llevarse la mirada de Nancy, nada más que la mirada de Nancy en los corredores de la escuela, en el baile del viernes por la noche; esa elegancia de la era atómica más trascendental acaso que la túnica arrastrada de los sofistas. Y por eso se la compró y para no desentonar con su generación se dejó crecer el pelo a la manera de Tarzán con una colilla de pato en la nuca.

Pero resulta que Gary Cooper está casado con Irene Dunne. Pero está caliente con Ginger Rogers. Hay el asunto de hijos por medio, el qué dirán de los vecinos de la Paramount, el qué dirán de los cronistas de cine y de la censura, de manera que, al volver del frente, después de haber derrotado a los japoneses y no obstante su entrañable amor por Ginger Rogers, tiene que someterse a la fuerza del destino, servir en su antiguo empleo, acariciar a los niños y... ¿qué otra cosa va a hacer uno en su caso? ¿De qué le serviría quedarse con la enfermera en Saipán? Fuera de que está legalmente casado en los Estados Unidos, ¿dónde encontrará consuelo para su corazón democrático en una tierra primitiva, pueblo de disentería, explotaciones, elefantiasis y mosquitos? Además Irene Dunne no es ningún saco de papas.

"Durante dos noches multitudes de marineros y soldados anduvieron de caza por las calles de Los Angeles".

Con Irene Dunne y tres robustos chiquillos, sin contar el nuevo Studebaker, la cocina

Agencia del

Repertorio Americano

en Londres

B. F. Stevens & Brown, Ltd.

New Ruskin House,

28-30 Little Russell Street, W. C. 1
London, England

Si le interesa el

Repertorio Americano

pídale la suscripción a

**The American News
Company, Inc.**

131 Varick Street
New York 13, N. Y., U. S. A.

a gas, y los palos de golf, ya se puede pensar en hacer patria. Una patria grande, generosa, que sea como la hermana mayor de las naciones. Una patria cristiana, muy respetuosa de la tradición, sólida para trabajar, serena y tolerante, una patria que le abra los brazos al boxeador italiano tanto como a la cocinera holandesa, al físico austriaco y al cantor tropical.

"En largas caravanas de taxis, jeeps y autos particulares recorrieron los barrios mexicanos, armados de palos y manoplas".

Gary Cooper ofrece seguridad, es sano, buen mozo, tiene un excelente empleo. Ginger Rogers es sana, hermosa, tiene un excelente empleo. Los niños son sanos, hermosos. Hay un encanto que no explica, por desgracia, la Biblia en ocupar una de esas casitas del suburbio californiano, tibias, cómodas, florecidas y alegres de colores, en llegar todas las noches al hogar, recoger el periódico, besar a la esposa y los niños, arrellenarse en el sofá, sacarse los zapatos y leer las aventuras de Tarzán al mismo tiempo que se oyen las noticias mundiales en el radio. Placer auténtico, de significado metafísico, un dominar la naturaleza sin lucha, adaptándose para olvidar que se vive y viviendo cristianamente en posesión completa de la felicidad.

Entonces Gary Cooper volvió a la patria, capitán de un buque mercante, herido pero seductor, afirmado en la borda, con una cachimba en los labios. El barco va surgiendo de la niebla. Cooper no sabe que es Ginger Rogers quien lo espera en el muelle porque Irene Dunne se murió durante la guerra y le pidió a Ginger que se casara con Cooper y cuidara de los hijos. Pero Pancho y Nancy sí lo saben. Desde la alfombra pegajosa sube un murmullo de asombro, una ansiedad, un éxtasis que busca la culminación en el beso final. El beso final de la película debe realizarse porque es el acto de procreación del que nace otra película y sin él se interrumpe la proyección, se encienden las luces, el cine muere y las gentes enloquecidas, atacan la obra del Señor.

"Le quebraron la mandíbula a un niño mexicano de doce años".

Hasta el reloj luminoso junto al escenario